Las piedras florecen

Eduardo Mieres

Image not found.

Capítulo 1

Las piedras también sienten.

Por cada sensación aparece

una arruga o una grieta.

Tienen el corazón tierno,

libre y feliz

a pesar de su dura apariencia.

Las piedras sienten

el rocío de la madrugada

y una lluvia torrencial,

el calor que abrasa en el verano

y cuando las patea un niño

así, como por jugar.

Las piedras conocen la indiferencia,

ley de la soledad

cuando por la noche

solas reposan, abiertos los ojos.

Las piedras sienten cuando

son tomadas, las manos.

Perciben la piel y del

contacto del cuerpo, el calor.

Y de puro tímidas

se endurecen más.

(No te imaginas

cuántas emociones

una piedra puede albergar.

De la mañana a la noche

estaría sin parar

sus historias enumerando,

y aún así me faltaría

el tiempo y el aliento para contar).

Las piedras son de esa manera:

paradójicas, qué se le va hacer.

Por eso, cuando tengas

alguna en las manos,

mírala bien: aunque no

notes nada extraño, acaríciala,

siente su sentir, percibe su pesar.

No tires la piedra lejos,

ya que cuando menos lo esperes

ante tí, como abriendo los ojos por primera vez,

florecerá.